

LA ESPAÑA DE MIGUEL HERNÁNDEZ. LA REPÚBLICA EN CRISIS (1933-36)

Manuel Jesús Soler,
profesor de Lengua Española y Literatura.
Aula Miguel Hernández de Cartagena

Francisco José Franco,
cronista oficial de Cartagena.
Profesor de la UNED. Academia Alfonso X “El Sabio”

Recibido: septiembre 2022/ aceptado septiembre 2022

RESUMEN

Tercer episodio de la serie sobre la vida y obra de Miguel Hernández en el contexto de la Historia de España. En este apartado analizamos el tiempo en el que triunfan los movimientos totalitarios en Europa y se produce en el país un giro conservador. El poeta cabrero evoluciona intelectualmente, pero no consigue la estabilidad económica necesaria para vivir sin sobresaltos de la literatura. Es un momento clave en su vida (que empieza a estar marcada por la muerte y la tragedia) y su obra, que alcanza su madurez.

PALABRAS CLAVE

Miguel, Orihuela, Sijé, *Perito en Lunas*, *El Rayo que no cesa*.

España en 1933

El año 1933 está marcado por el debate social y político que estaban provocando las reformas planteadas por el gobierno presidido por Manuel Azaña: De un lado, se alinearon la alta burguesía y buena parte de las clases medias, alentadas por la Iglesia: se reorganizaron en torno a un nuevo partido que aglutinaba diversas tendencias conservadoras y reaccionarias, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). En la misma línea de oposición a las reformas se posicionó el Partido Radical (otrora alineado con tendencias progresistas y ahora condicionado por el rechazo personal de Lerroux a las políticas del

Presidente del Gobierno Manuel Azaña), el recién nacido partido Falange Española (de ideología fascista y fundado por José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador) y la formación monárquica Renovación Española.

Por el otro, los partidos republicanos y de izquierda se dividen entre los que quieren acelerar las reformas empleando la revolución social si fuera necesario (los sindicatos CNT y UGT, los partidarios del bolchevismo dentro del PSOE y el Partido Comunista) y los reformistas que pretendían la modernización de España y el acercamiento a la realidad política de los países más adelantados de Europa. Dentro de esta tercera vía (encabezada por Manuel Azaña) se encontraban la mayoría de los intelectuales (Ortega, Marañón, Unamuno...), el mundo universitario, muchos pedagogos y maestros de todo el país y políticos de diversas opciones como Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz, Santiago Casares Quiroga, José Giral o Indalecio Prieto. Quizás el destino dramático de España, como el de Miguel Hernández, lo fue por ser estos una minoría social y política en un país y en un mundo donde escaseaba la empatía que siempre demostró el poeta-cabrero.

Existen además en nuestro país circunstancias que no aparecen a menudo reflejadas en los libros de Historia, pero que marcan a veces mucho el destino político. Y tras dos años de experiencia republicana quedó patente que las diferencias personales entre Lerroux y Azaña imposibilitaron la constitución de una mayoría parlamentaria y de gobierno estable que consolidase las nuevas instituciones constitucionales. No siendo así, triunfaron las coaliciones de gobierno extremistas y confrontadas y las tendencias polarizadas que fueron creando (desde la inicial euforia) un ambiente de crispación en las Cortes que acabó dando nuevo protagonismo a los militares y activando las tensiones en la calle.

En estas circunstancias, el presidente de la República aceptó la dimisión del jefe del ejecutivo, Manuel Azaña, y convocó nuevas elecciones, que se celebraron en 1933 y dieron el triunfo a las opciones más conservadoras, de forma que, coincidiendo con el ascenso al poder de Hitler en Alemania, en nuestro país se produce un giro reaccionario en los aspectos más relevantes de la vida pública, manifestándose la falta de consenso mínimo en cuanto a la estructura básica del nuevo

Estado, debilitado por la falta de estabilidad y la creciente injerencia de las potencias extranjeras en la política nacional.

1.-La madurez literaria de Miguel: *Perito en Lunas*

Coincidiendo con el final de la etapa azañista, en 1933 Miguel Hernández publicó *Perito en Lunas*, su primer libro. Hernández fue invitado a realizar lecturas de su obra en la Universidad Popular de Cartagena y en el Ateneo de Alicante, donde se presentó en público el 29 de abril de 1933. Tras aquel prometedor comienzo, marchó a Madrid por segunda vez para obtener trabajo, esa vez con mejor fortuna, pues logró ser nombrado colaborador en las Misiones Pedagógicas. Más tarde le escogió como secretario y redactor de la enciclopedia *Los toros* su director y principal redactor, José María de Cossío, que se convirtió en su protector y en el más ferviente sostenedor de su obra. Colaboró además con asiduidad en la *Revista de Occidente* y mantuvo una tórrida relación con la pintora Maruja Mallo, la hermana del afamado pintor de moda Cristino Mallo, que le inspiró parte de los sonetos de *El rayo que no cesa* (aunque algunos autores atribuyen esa inspiración a la unionense María Cegarra).

Durante ese tiempo conoció a Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, escritores ambos consagrados que influyeron poderosamente en su evolución poética. Por aquellos días en los que Madrid se acostó progresista y se despertó conservadora, Miguel abandona su breve etapa dentro del Surrealismo, evolucionando hacia una producción poética de carácter más social y comprometida políticamente, en una época histórica fuertemente marcada por la extensión del Nazismo: Hitler llegaba al poder y en las elecciones de 1933, la derecha (CEDA) y el centro-derecha (el Partido Radical) lograron la mayoría parlamentaria. Aunque la CEDA fue el partido más votado ninguno de sus miembros pudo ser ministro, porque los socialistas, los anarquistas y los sindicatos amenazaron con iniciar una revolución social si algún político de la CEDA formaba parte del gobierno. La razón a este rechazo es que el líder de la CEDA, Gil Robles, representaba posturas cercanas al Fascismo que se veían como una amenaza desde los partidos de izquierda.

El nuevo gobierno (formado solo por miembros del Partido Radical) intentó realizar un programa de rectificación de casi todas las obras sociales del anterior gobierno: cambiar la reforma agraria y devolver a sus dueños las tierras expropiadas; hacer que la Iglesia recuperase sus prebendas y devolver a la cúpula militar algunos de sus privilegios perdidos.

El enfrentamiento, la radicalización y la inflexibilidad entre los políticos y los grupos sociales era cada vez mayor. En 1934 tres ministros de la CEDA llegaron al gobierno y estalló el conflicto. Barcelona proclamó el Estado Catalán Independiente dentro de la República Federal Española, pero el ejército consiguió restaurar fácilmente la situación. Sin embargo, en Asturias triunfó la revolución, pues las masas obreras (anarquistas, socialistas y comunistas) ocuparon los cuarteles y las fábricas de armas y dominaron la región. Como reacción se inició una campaña militar, con tropas del ejército y de la legión de Marruecos al mando del general Francisco Franco. La revolución fue controlada después de duros combates, en los que hubo más de mil muertos. El gobierno realizó una dura represión (30000 obreros fueron encarcelados).

Estos acontecimientos revolucionarios fueron muy graves (por la magnitud de los enfrentamientos, los encarcelamientos masivos, la clausura de instituciones, la no celebración de las elecciones municipales y la eliminación de la vida pública de muchos miembros de la oposición), pero el hecho que hizo caer al gobierno de coalición de derechas sucedió en 1935 y fue un escándalo de corrupción conocido popularmente como *Estraperlo*, que afectó a varios políticos del Partido Radical, incluido su presidente, Alejandro Lerroux. La CEDA rompió su pacto con el Partido Radical y se convocaron nuevas elecciones: la suerte de la República parecía correr paralela a la de Miguel, pues en aquellos días de diciembre de 1935 murió su fraternal amigo de toda la vida, Ramón Sijé, y Hernández le dedicó su extraordinaria *Elegía*, que provocó un inusual entusiasmo de Juan Ramón Jiménez en su crónica del diario *El Sol*.

Mientras en Madrid se respiraba tensión y la vida pública evolucionaba hacia lo dramático nacía el poeta sufridor, intenso y profundo que ha pasado a la historia con letras de oro; el intelectual

maduro e inspirado que con solo 25 años parecía sentir el pesimismo inherente al conocimiento de la historia fatídica de España: la vida pasaba rápido y la muerte se anunciaba.

El ruido político silenciaba de nuevo la voz de los poetas: todos se preparaban para unas elecciones que sonaban otra vez a plebiscito, pues los partidos de derecha estaban desmoralizados y desunidos. En cambio, los de izquierda formaron una coalición, el Frente Popular, que aglutinaba a republicanos de izquierda, socialistas, comunistas y partidos nacionalistas (junto al apoyo de los sindicatos anarquistas, CNT y FAI): frente a las tendencias antidemocráticas y la injerencia en la política nacional de las potencias fascistas los demócratas pactan con sectores de la izquierda revolucionaria anticipando lo que habría de pasar en Europa pocos meses después.

El Frente Popular triunfó en las elecciones de febrero de 1936 y se formó un gobierno con republicanos de izquierdas que intentó realizar un programa de reformas semejante al de 1931. Pero los grupos sociales y políticos estaban muy enfrentados. El país sufrió una ola de violencia. Los sindicatos propusieron una jornada laboral de 36 horas y la expropiación de tierras de más de 50 hectáreas; los campesinos ocupaban las tierras antes de que se produjeran las expropiaciones; se quemaban iglesias y conventos, y extremistas de izquierda y de derecha imponían el terror en las calles con actos de violencia. El Presidente de la República, Alcalá-Zamora, fue destituido y Azaña ocupó su puesto. El gobierno presidido por Santiago Casares Quiroga se veía impotente para resolver la situación.

La ineficacia del Gobierno para restaurar el orden y los rumores de revolución proletaria animó a sublevarse a un sector del ejército, que comenzó los preparativos de un golpe de Estado. El Gobierno conocía estos planes, pero tomó medidas poco eficaces, como trasladar a los principales jefes militares a otros destinos. Sin embargo, la conspiración ya estaba en marcha. El asesinato del líder extremista José Calvo Sotelo sirvió de excusa para poner en marcha la sublevación.

2.-Miguel Hernández y la cultura republicana

La vida cultural de la Segunda República, en la que Miguel se iba haciendo un hueco, se caracterizó por la convivencia de varias generaciones con sus peculiares rasgos distintivos, y ni siquiera los vaivenes políticos frenaron un movimiento cultural y pedagógico sin precedentes que solo la Guerra Civil pudo parar. Destacaban sobremanera como pioneros del Regeneracionismo los miembros de la prestigiosa Generación del 98, que denunciase desde tiempo atrás la calamitosa situación de España y apostase por la vía republicana (Institución Libre de Enseñanza) como paso necesario para la regeneración nacional: Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle-Inclán, Antonio Machado, Pío Baroja, Azorín y Vicente Blasco Ibáñez. También florecieron en ese tiempo las culturas autóctonas de Cataluña, Galicia y Euskadi y muchas otras regiones de España, aunque sus más rutilantes figuras en el terreno del pensamiento y la literatura desarrollaron su obra en lengua castellana.

A la generación indicada se añade la presencia de la inmediatamente siguiente, en ocasiones conocida como Generación del 14, con personalidades como José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Gregorio Marañón, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala, y los historiadores Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro. De esa generación forma también parte Manuel Azaña, quien no solo fue un hombre público que alcanzó las más altas magistraturas, sino que también destacó como brillante escritor y gestor del Ateneo de Madrid. Y, tras estos, la Generación del 27, tan destacada en la literatura universal como malherida por la Guerra Civil, dado el compromiso militante de muchos de sus miembros. En torno a este grupo, queriendo ser uno de ellos, pero sin tener nada de ellos por sus orígenes, su formación autodidacta y su fuerte e independiente personalidad podemos situar a Miguel Hernández. Es una generación acusadamente protagonista del nuevo impulso que la República está dando a la cultura y la enseñanza a través de los ateneos, los teatros y bibliotecas ambulantes y las Misiones Pedagógicas.

Y en esta atmósfera de afección cultural inicia su vida intelectual una generación de jóvenes que son imitados en provincias por una nutrida corte de seguidores que desarrolla una gran actividad pública, que participa en política, que sufre la contienda y termina en el exilio, como

es el caso de Adolfo Sánchez Vázquez, José Ferrater Mora o Eduardo Nicol, por citar algunos ejemplos en el terreno de la Filosofía. Todo ello sin que en este amplio movimiento debamos olvidar la presencia de mujeres como María Zambrano o Rosa Chacel.

A Miguel le fascinaba todo ese mundo de la intelectualidad burguesa, que lo contemplaba en general con simpatía, como una brisa nueva de aire fresco; dentro de un abierto sentido de la convivencia, el ambiente liberal y la mutua estima, por encima de las notorias diferencias de formación y posición social. Cuando releemos las cartas cruzadas de Miguel con las grandes figuras literarias de su tiempo, vemos implícito este espíritu nacido en las tertulias de diálogo, lectura compartida y encuentros radiofónicos. Poco a poco, influenciado sin duda por su amigo Bartolomé Cossío, interesado por el objetivo filantrópico de las Misiones Pedagógicas que aquel inspirase, atraído por la posibilidad de poder vivir de lo producido por su pluma, Miguel se acerca primero a los círculos literarios de Madrid, y luego acaba ilusionándose por un proyecto que florece con fuerza en Cartagena: la Universidad Popular.

En aquel tiempo el sueño de Miguel es poder vivir de su literatura en Madrid, aunque carece de una formación académica que le pueda permitir acceder a la docencia y de la posición económica que le permita gozar de tranquilidad. Quiere dar cumplimiento a sus proyectos y así tiene lugar su ya comentado segundo viaje a la capital. Su estancia durará unas semanas entre marzo y abril de 1934. El poeta presenta a José Bergamín, director y editor de *Cruz y Raya*, la obra en la que ha estado trabajando últimamente bajo los auspicios de Sijé: los dos primeros actos de un auto sacramental, que se acabará llamando *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*. La obra, una vez terminada, se publicará, efectivamente, primero como parte de tres números de *Cruz y Raya*, y luego como obra independiente. Miguel ha conseguido el objetivo que le había llevado a la corte, no obstante, a estas alturas, como dice Ferris (*Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, p. 65) "...el contenido de aquella obra le era en cierto modo ajeno, ya que traslucía con mucha más propiedad las inclinaciones de Sijé que las suyas en sentido estricto..."

A pesar del ambiente enrarecido que marca la vida cotidiana de la capital, la suerte está empezando a sonreír al orcelitano. Conseguirá publicar su auto y, por si fuera poco, empieza a hacerse un hueco en el bullicioso escenario literario de la corte ampliando y consolidando su círculo de amistades madrileño.

A su regreso -este tan distinto del primero- a Orihuela, se encuentra con que Sijé y su círculo han creado una nueva revista, *El Gallo Crisis*, de un catolicismo rancio y de ideas políticas reaccionarias. Los seis números de la revista vieron la luz entre junio de 1934 y mayo de 1935. Miguel publicó en ella seis poemas que seguían la línea ideológica de la publicación: no quiere perder sus amistades ni sus raíces, pero su grupo literario de origen se muestra muy receptivo a la nueva literatura tradicional inspirada, alentada y promovida por los sectores católicos nacionales y el fascismo internacional: estamos llegando a una encrucijada definitiva en la vida y la obra de Miguel, quien, como la mayoría de los españoles que están en la vida pública, se ve en aquellos años obligado a elegir un determinado camino de vida y unos círculos literarios concretos.

Los viajes de Hernández a Madrid se suceden y ahora viaja acompañado por las mieles de un cierto éxito y el reconocimiento de muchos de los escritores y críticos literarios. Resulta relevante el tercer viaje, que tuvo lugar entre el 19 de julio y principios de agosto de 1934, y en él tiene lugar un hecho trascendental para el devenir ideológico del poeta: conoce a Pablo Neruda, grandísimo poeta chileno comprometido literariamente con las ideas marxistas. Como dice Collado (*Miguel Hernández y su tiempo*. Ediciones Vosa, Madrid, 1993, p. 87) “... Neruda, espontáneamente comienza a mostrar hacia él una especial atención, que el poeta oriolano agradece y valora grandemente, pues a su vez ha sabido captar en el chileno un caudaloso manantial lírico junto a su gran sencillez y humanidad, tan concordantes con su propio sentir...”

El autor de *Canto General* le expresará a Miguel su desacuerdo por su cercanía y dependencia de Sijé y su, para él, tóxica revista. Y es que, por estas fechas, una cuña ha empezado a abrir brecha entre Miguel y José Marín y su entorno ideológico. En lo literario, el oriolano

empezará a escribir su drama *El torero más valiente* -que terminará entre agosto y octubre de 1934-, al que sirve de inspiración la muerte en el albero de Ignacio Sánchez Mejías, a quien ya dedicó el poema *CITACIÓN-fatal*. Mala ventura tuvo esta nueva pieza teatral, pues Bergamín -a quien pretendía halagar incluyéndolo como personaje- declinará su publicación en *Cruz y Raya* y pide -desconocedor del distanciamiento ya existente entre ambos- a Lorca su ayuda e influencia con vistas al estreno, el cual nunca tuvo lugar. Finalmente se tendrá que contentar con la publicación de dos escenas -ni siquiera actos- en *El Gallo Crisis*.

Con su segundo drama, como decíamos, terminado y los poemas de *El silbo vulnerado* bajo el brazo, el poeta hace su cuarto viaje a Madrid, de apenas tres semanas, entre el 30 de noviembre de 1934 y el primer día de Navidad. Miguel, como ya hemos dicho, está a estas alturas inmerso en una profunda crisis interior, en una crisis de convicciones, pues ya siente las enseñanzas de Sijé y sus propias ideas vertidas en la revista *El Gallo Crisis* como algo ajeno, con lo que no tiene nada que ver. Ese distanciamiento ideológico estaba cantado, pues como dice Poveda (*Vida, pasión y muerte de un poeta. Miguel Hernández*. Ediciones Oasis, México, 1975, p. 35):

“...Sijé, ciertamente, trató no una, sino muchas veces, de atraerse al poeta hacia su mundo de ascética perfección cristiana, valga esta redundancia. El asceta que había en Sijé, no lo había en Miguel Hernández. Eran dos polos muy opuestos [...] Este forcejeo ideático llegó hasta donde tenía que llegar: hasta el establecimiento definitivo en Madrid, respirando otros aires, otras ideas...”

A Miguel le sobra talento, pero le faltan habilidades sociales para moverse en esos mundos literarios burgueses crecientemente ideologizados e irreversiblemente polarizados: su afán de mostrar obra nueva y hacer valer sus méritos literarios, su osadía provinciana, le llevan a dar a conocer a sus nuevas amistades ese mundo cultural en el que dio sus primeros pasos como poeta y aquellos le reprochan la cercanía a su amigo de Orihuela y su entorno; y el poeta se ve obligado a renegar de él, lo cual le lleva a emprender un camino que a la postre marcará su

destino literario, pero también conllevará un posicionamiento que fue dramático para él al concluir la Guerra.

Lo expresa claramente en una carta -sobre la que volveremos más adelante- de junio de 1935 a Juan Guerrero Zamora, en la que le escribe en estos términos:

“...Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra [su auto] y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí, ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de *Cruz y Raya*, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé. En el último número de *El Gallo Crisis* sale un poema mío escrito hace seis o siete meses: todo en él me suena extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica...”

Se puede decir más alto, pero no más claro. A estas alturas de 1935, Miguel se declara totalmente ajeno a las ideas católicas y conservadoras vertidas en su propia obra bajo el magisterio de Marín. La ruptura, aunque viene de más atrás, se ha consumado. Esa aparente contradicción de que, siendo ya muy otras las ideas del poeta, sigan apareciendo en *El Gallo Crisis* poemas en sintonía con el ideario de la revista, la explica Ferris (opus cit., p. 76):

“...Sus relaciones con Sijé se han deteriorado bastante, aunque no tiene valor suficiente para retirar de la redacción de *El Gallo Crisis* los poemas que le ha dado para publicar en posteriores números...”

El oriolano sigue ampliando su círculo de amistades madrileño y comienza a intimar con algunos de los artistas de la Escuela de Vallecas como el escultor Alberto Sánchez, de claro compromiso marxista y, sobre todo, con Maruja Mallo, que llegó a ser una de las mujeres de su vida. La citada escuela afirmó al poeta (que se debatía a nivel íntimo en el conflicto corte-aldea) en el valor estético de lo rural y en las referencias telúricas.

Tras esas determinantes tres semanas, vuelve Miguel a Orihuela, pero ya su cabeza y su corazón (excepción hecha de Josefina) no están allí, sino con sus nuevas amistades de la capital y sus proyectos teatrales

y editoriales, a la vez que ve derrumbarse su mundo ideológico anterior. A sus veinticinco años, el poeta es como la crisálida que está naciendo, dejando el capullo, que alumbra a una criatura distinta detrás de sí.

3.-Su universo literario

Poco dura al inquieto Miguel la estancia en su pueblo natal, pues apenas dos meses después, en febrero de 1935, lo encontramos de vuelta en la capital en la que ya será su estancia definitiva. En esta, frecuenta al matrimonio Oliver Conde y profundiza su amistad con Neruda. El poeta busca trabajo y sin embargo rechaza, por no ser de su gusto, un puesto en la administración que le procuró el chileno. En lo literario, sin embargo, todo es más favorable para el poeta: los cenáculos y las tertulias se le abren e incluso en el aspecto laboral el viento no tarda en soplarle a favor, pues José María de Cossío, director literario de la monumental enciclopedia *Los toros*, cuyo director es Ortega y Gasset, le ofrece un puesto de biógrafo de toreros para el último volumen.

Además del modesto estipendio económico, el trabajo le ofrece la posibilidad de viajar por la geografía española recabando datos para sus biografías. Su colaboración en esta obra le aportará una iconografía taurina que aflorará poéticamente en *El rayo que no cesa*. Pero hay más: de la mano de Enrique Azcoaga, dice Ferris, empieza a colaborar en las Misiones Pedagógicas de la República, colaboración que supuso otro acicate más en su giro ideológico, pues como dice Domingo Navarro (*Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*. Universidad de Murcia, 1997, p. 45):

“...Toda la ideología que imbuía a Misiones Pedagógicas, pienso que tuvo que influir en el cambio de Miguel Hernández, sobre todo en la dimensión de practicidad, en el sentido de que no se trataba de disquisiciones teóricas de aula o de salón (de las que era tan poco entusiasta el poeta de Orihuela), es decir, por el vínculo entre ideas y conexión activa con colectivos humanos explotados y marginados...”

Su participación en las Misiones, además de aportarle un modesto ingreso económico, le permitió viajar por el país y conocer la realidad social española, contribuyendo, como dice Navarro, en su toma de

conciencia social y política. Por eso mismo, merece la pena que nos detengamos un poco más en la implicación en ellas de nuestro poeta.

Nos habla Aitor Larrabide (“La poesía comprometida de Miguel Hernández”. En *Miguel Hernández y Francisco Salinas. Dos poetas del pueblo*, p. 12) de “...su paso por las Misiones Pedagógicas, una actividad que a lo largo de cuatro períodos correspondientes a los años 1933, 1935 y 1936, llevó al poeta oriolano por distintas comarcas castellanas y leonesas, manchegas y murcianas, como parte activa de ese ‘aliento de progreso’ en el que la cultura general, la orientación pedagógica de las escuelas y la educación ciudadana de las poblaciones rurales, formarán parte de las ventajas reservadas únicamente a los centros urbanos...”

El citado investigador sale al paso de una creencia muy extendida, cual es la de que Miguel Hernández participó tan solo en una misión. No es así. Esa confusión viene del hecho de que, en sus cartas, cuando el poeta habla de sus viajes por la geografía nacional, no discrimina bien cuándo se refiere a un viaje de trabajo para Cossío y cuándo de una misión, puesto que Hernández simultaneó ambas actividades durante unos años. De modo que Larrabide documenta cuatro misiones:

1ª- Cartagena, Cabo de Palos, Fuente Álamo y Zarzadilla de Ramos (Lorca). Tuvo lugar esta misión entre el 26 de marzo y el 1 de abril de 1933. Fue el matrimonio Oliver Conde el que, según Larrabide, invitó e inició al oriolano a participar en estas actividades pedagógicas.

2ª- Las localidades salmantinas de Ahigal de Villarino, Brincones, Puertas e Iruelos entre el 19 y el 30 de abril de 1935. Le acompañaban Azcoaga y el historiador José Antonio Maravall.

3ª- Cabo de Palos-Cartagena entre el 17 y el 30 de agosto de 1935. En esta misión es cuando se produce la histórica visita de Miguel, junto a otros intelectuales, al faro de Cabo de Palos para conmemorar la que hiciera Gabriel Miró al mismo lugar. Allí se reencuentra con María Cegarra.

4º- Puertollano, Mestanza, Valdepeñas y Albaladejo desde el 12 al 21 de marzo de 1936. Iba acompañado de Azcoaga y el poeta Lorenzo Varela.

¿Cuál era la labor de nuestro poeta en esas misiones? Fundamentalmente la de bibliotecario, recitador y músico, a excepción de la tercera, donde impartió su conferencia-recital sobre Lope de Vega en el Ateneo de Cartagena.

Siguiendo con su inmersión en la vida cultural de la Corte, profundiza Hernández el contacto con la Escuela de Vallecas y con el escultor Alberto Sánchez, quien al igual que Neruda y el argentino Raúl González Tuñón, le enseñará el camino del compromiso marxista. Eutimio Martín (*El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Aguilar, 2010, p. 33), sin embargo, opina que se sobrevalora la influencia en este sentido del autor de *Canto general* y afirma que "...En la conversión de Miguel Hernández a la causa revolucionaria, habrá que atribuir al poeta argentino Raúl González Tuñón el protagonismo que suele adjudicarse a Neruda..."

Pero si una figura de dicho círculo de artistas fue decisiva en la vida de Miguel, esa fue la de Maruja Mallo, una mujer cosmopolita, feminista y de ideas avanzadísimas para la época en lo que se refiere a la moral y a las nuevas tendencias estéticas. Maruja supuso un revulsivo al ser provinciano que todavía había en Miguel, aún acostumbrado al espíritu ñoño y pacato en los usos amorosos de la España rural, cuyo paradigma era su propia novia, Josefina. Las palabras de F. J. Franco (*Mujeres de la España Republicana*. Áglaya, Cartagena, 2007, p. 77) referidas a la pintora apuntan en este sentido: "...Los tradicionales usos del amor y el cortejo quedaron arrinconados ante la arrolladora iniciativa de algunas de estas féminas [en alusión a Maruja] que predicaban y practicaban el amor libre, exhibían sus tradicionalmente ocultos encantos sin rubor y hacían alarde del consumo de alcohol, el tabaco y las drogas de la época, especialmente el opio y los psicotrópicos..."

Maruja sedujo a Miguel y puso al día, en relación a las nuevas tendencias culturales, al poeta, para quien esta mujer que había entrado en tromba en su vida era el contrapunto de aquella mojigata y

recatada novia oriolana que se moría de casta y de sencilla; incluso de su digamos amor platónico, María Cegarra, ejemplo de recogimiento y vida provinciana en aquella esquina peninsular que es La Unión y su cuenca minera. Este triángulo afectivo alimenta su poesía, pero acaba afectando el ánimo del poeta y a su propia relación con Josefina Manresa: en las nuevas coordenadas ideológicas de Hernández y en el contexto de amistades que se ha labrado, la humilde costurera de Orihuela ya no tiene sitio. Lo expresa muy bien Ferris (opus cit., p. 54):

...Conviene tener presente que el proceso de transformación ideológica que está sufriendo Miguel conlleva al mismo tiempo un replanteamiento de su relación con Josefina Manresa. Lo que en ella veía como virtud, como cualidades necesarias -su religiosidad, su castidad y su puritanismo- se vuelven poco a poco contra él [...] Por lo demás, el poeta sabe que Josefina está muy lejos de su mundo, y que su capacidad y su voluntad para aceptarlo como es, para entender y compartir con él la aventura de la poesía es un reto imposible...

Por el ilustrador Paco Díe, el pueblo de Orihuela se entera de la relación de Miguel con la artista mientras Hernández le reprocha a Josefina por carta su espíritu pacato y su represión sexual: “¿O tú, cuando piensas en mí, ¿piensas solo para rezar?”, le dice en carta del 27 de julio de 1935. Eutimio Martín (opus cit., p. 87) explica la ruptura de la pareja con un razonamiento que desmitifica al poeta de Orihuela: dice este investigador que Josefina fue “víctima de una sutil estrategia de ruptura”, por cuanto Miguel tenía ya pensada una sustitución para él más ventajosa tanto desde el punto de vista de afinidad intelectual como sexual: Maruja Mallo habría de ocupar el lugar de la escasamente instruida y recatada Josefina, “su novia en cuanto recurso de último término”. Su estrategia fue negar a Josefina el casamiento por la Iglesia, con lo que la negativa de esta a aceptarlo incluso la señalaría a ella como la culpable de la ruptura. Finalmente, esta se acaba produciendo y el poeta cae definitivamente en los brazos de Maruja, que fue la mujer con la que el orcelitano perdió su virginidad.

Por estas fechas una nueva e importante amistad entra en la vida de Miguel: Vicente Aleixandre, quien será siempre un amigo fiel y al que Miguel Hernández visitará semanalmente en su casa, *Velintonia*,

despertando así el recelo de su círculo alicantino: en Orihuela hay quien está escandalizado por el nuevo rumbo y las *tóxicas* amistades de Miguel. Se trata de su amigo Ramón Sijé, quien viaja a Madrid a comprobar *in situ* si son ciertas sus sospechas de que su discípulo tiene nuevas y perjudiciales compañías que le desviarán del “recto camino” que él le había trazado. Tras corroborar este extremo, *Pepito*, frustrado y abatido, emprende el camino de regreso al pueblo dando por perdido a su discípulo, en quien había confiado ver plasmados en forma literaria sus ideales teocráticos y ultraconservadores.

En carta ya mencionada con anterioridad, el abogado oriolano le echa en cara a su amigo sus nuevos mentores literarios: “Nerudismo ¡qué horror! [...] alexandristismo, albertismo”. Marín ve cómo, con sus nuevas amistades, su discípulo se le escapa entre los dedos. Ese sentimiento de frustración y de pena del amigo será un doloroso peso en la conciencia de Miguel cuando, a la muerte del filósofo, el poeta considere que el golpe anímico de su ‘traición’ ha contribuido a empeorar la ya frágil salud de su enfermizo y emotivo amigo.

Todas estas reacciones tan viscerales pudieran parecer chocantes si las analizamos de una manera descontextualizada, pero no resultan tan extrañas si tenemos en cuenta que la sociedad estaba entonces muy dividida y en todo el país se vivían tensiones sociales y políticas muy intensas, con grandes enfrentamientos entre grupos ideológicos extremistas. Estas tendencias parecen influir en todo el mundo de una u otra forma, pero nada parece alterar la actividad literaria del oriolano, en ese momento incesante, pues por estos días empieza su drama *Los hijos de la piedra* (1935), ya bajo una diferente inspiración ideológica. No solamente sus ideas, sino también sus parámetros literarios están cambiando bajo el influjo de sus nuevas amistades madrileñas. Como dice Collado (opus cit., p. 63) “...En sus alforjas se han desvanecido cuatro, cinco años de versos pergeñados de duro aprendizaje entre soles y vientos de su tierra oriolana. Había sido un ciclo entusiasta y necesario por su condición de autodidacta, pero de esa poesía ya no volvería a hablar...”

Otra alegría anima la vida del poeta, y es que su hermana Elvira se instala en la capital, pues han destinado allí a su marido. Su presencia en Madrid le traerá un entorno familiar al que acudir y en el que

refugiarse en caso de penurias económicas o mal momento anímico. Su nueva vida madrileña no le aleja del todo de sus raíces ni le hace olvidarse de los suyos: en julio de 1935 regresa a Orihuela y en agosto es nuevamente invitado por la Universidad Popular de Cartagena a participar en una charla-recital sobre el tema *Lope de Vega y los poetas de hoy*. Conferencia que se enmarca, como vimos anteriormente, dentro de las actividades de la tercera misión pedagógica en la que participó y en la que, como dice José Rodríguez Cánovas (*Antonio Oliver Belmás y la Universidad Popular de Cartagena*. Cartagena, 1972, p. 35):

“...Queriendo la Universidad [Popular de Cartagena] asociarse a las fiestas nacionales que se organizaron durante el mes de agosto honrando a Lope de Vega con motivo del tricentenario de su muerte, preparó un acto que se celebró en el Ateneo el día 27. Ocupó la tribuna Miguel Hernández y este fue su tema: “Lope de Vega y los poetas de hoy”.

Se reencuentra allí con sus amigos Carmen Conde y Antonio Oliver y en compañía de otro grupo de intelectuales visita Cabo de Palos para recordar la visita que a esa localidad y a su faro hiciera Gabriel Miró. También viaja a la cercana localidad de La Unión y se reencuentra (la había conocido, como ya dijimos, en la inauguración del busto a Miró en Orihuela) con la química y poetisa María Cegarra, diez años mayor que él y quien desde su primer encuentro impactó grandemente al poeta. Rota, por estas fechas, su relación con Maruja Mallo y, como vimos, también con Josefina Manresa, el sentimiento de Miguel hacia María deriva en un amor necesariamente platónico, puesto que la unionense esquivaba las solicitudes del oriolano. Pero, ¿cuál era el sentimiento real de María hacia Miguel? La relación entre ambos la estudia María Victoria Martín (*La huella de Miguel Hernández en Cartagena, La Unión y Cabo de Palos*. Malbec, 2020). Al poeta le pudo dar un soplo de esperanza un nardo que la de La Unión prendió en su solapa y que el poeta recuerda con nostalgia en carta de septiembre de 1935 a María:

“...El otro día quité de la solapa de mi chaleco aquel nardo que me regalaste, María, ha llegado conmigo hasta Madrid; no debió mustiarse nunca...”

No obstante, parece demostrado que, según la mencionada investigadora, era un gesto habitual en María obsequiar con nardos a quien quiera que ella admirara o amara de algún modo, aunque es indudable que el poema de 1979 *Presencia de Miguel*, aducido como argumento por Martín, supone el recuerdo de un amor que pudo haber sido y no fue, que se frustró por el compromiso de Miguel con otras mujeres y diferencias de edad, ideología y formas de entender la vida que fueron con el paso de los años alejando a los dos amigos. Pero no cabe duda de que el poeta-cabrero ocupó un lugar especial en el corazón de María:

Nadie
-ni antes ni después de ti-
supo, sabe
pronunciar mi nombre.

Pero en otro poema de la unionense, *Versos a su tierra*, queda claro su rechazo a todo lo que suponga romper con su pueblo y su entorno familiar y afectivo:

Me moriré en La Unión, junto a las minas.
Con un rumor de mar a mi costado,
el cante de mi tierra como rezo
y el trovo de un amigo por corona.

Finalmente, el silencio epistolar de María vence la tenacidad del poeta, pero la unionense ha entrado con paso de gigante en el mundo afectivo y poético de Miguel formando parte -junto como Maruja Mallo y Josefina Manresa- de la tríada de mujeres que inspiran su obra más madura: *El rayo que no cesa*. No podemos negar esa triple presencia femenina en el mundo afectivo y poético de Miguel en este poemario, que supone un punto de inflexión en la vida y la obra del poeta, el cual poco a poco va centrando su vida personal al tiempo que la muerte, la guerra y el necesario compromiso social determinan su futura producción literaria.

De vuelta a Madrid, Miguel ve su poesía demandada por las principales revistas literarias, como la recientemente creada *Caballo verde para la poesía* que, editada por Manuel Altolaguirre y dirigida por Neruda, acoge sus poemas para escándalo y disgusto de Sijé, quien agotada su quebradiza salud por los esfuerzos de escribir su ensayo sobre el Romanticismo -que pretendía presentar al Premio Nacional de Literatura-, crispado por una agria polémica con los poetas sevillanos de la revista *Isla* a cuenta de la peyorativa opinión del oriolano sobre Bécquer, y abatido anímicamente por la ‘traición’ de su discípulo y amigo, fallece a los veintidós años en Orihuela un 23 de diciembre de 1935 con el halo de escritor romántico. Miguel se siente desolado por la triste noticia, que le comunicó Aleixandre, quien la leyó en la prensa.

Abatido por la luctuosa nueva, en carta de enero del 36 a Juan Guerrero Zamora, atribuye la muerte de su antaño mentor a su atormentado espíritu, que le menoscababa salud:

“...Yo lo venía presintiendo desde hace algunos años: siempre lo veía temeroso, huido, concentrado, lleno de desesperaciones, dudas y penas [...]. Todo hacía pensar que no podía durar mucho aquella vida de tremendas tempestades consigo mismo...”

Pero es inevitable que se sienta un poco responsable del tormentoso estado anímico que llevó a la muerte a su amigo:

“Yo estoy muy dolorido de haberme conducido injustamente con él en estos últimos tiempos.”

Llevado del dolor y de un complejo de culpa, immortalizará a su amigo en uno de los más hermosos monumentos funerarios construidos con la palabra, que consigue publicar *in extremis* en *El rayo que no cesa*. La Elegía es un canto de dolor y arrepentimiento, el mejor tributo al amigo al que, después de todo, debía buena parte de su acervo de lecturas, sus primeras publicaciones y un tropel de hermosos recuerdos.

La pena por la muerte del amigo y la frustración y tristeza por su ruptura con Josefina primero y con Maruja después, así como la esquivez y el rechazo de María Cegarra llevan al poeta a buscar la proximidad

de otra gran mujer de la Generación del 27: María Zambrano, una de las más destacadas intelectuales de aquella esperanzadora etapa para la mujer, y de la que afirma F. J. Franco (opus cit., p. 115):

“...María Zambrano ha sido, sin duda, la gran pensadora de la etapa republicana. Fue, seguramente, la única mujer filósofo de su tiempo a nivel nacional y, sin embargo, su estilo dialéctico le hace estar a la altura de los grandes genios masculinos de su época. Discípula aventajada de Ortega, María ha destacado por su capacidad de analizar la sociedad y la política de un período histórico que vivió de cerca: la Segunda República...”

Mientras tanto, la deriva ideológica del poeta hacia la izquierda es imparable e inspirada tanto por sus orígenes campesinos como por sus reflexiones personales y sus avatares biográficos, sus experiencias vitales, marcadas por un par de incidentes con la Guardia Civil como protagonista. En una excursión con Maruja Mallo a San Fernando del Jarama lo detienen por no llevar la cédula de identificación personal y recibe en el acuartelamiento malos tratos físicos y de palabra. El episodio suscita -lo que revela el peso que a estas alturas tenía Miguel en la escena literaria madrileña- un manifiesto de protesta al que se adhieren personalidades como Aleixandre, Lorca o Cossío entre otros importantes nombres. Tras este lamentable episodio, algunos biógrafos del poeta sostienen que Miguel dio el paso trascendental, de la mano de Alberti y María Teresa León, de afiliarse al Partido Comunista: su alineamiento era ya indudable.

Tantos avatares adversos y tantos reveses amorosos conducen al poeta a la añoranza de aquella lejana, recatada y humilde costurera que dejó en Orihuela. Miguel se da cuenta de que Josefina es para él el puerto seguro, la muchacha abnegada de la que -como se verá en los años más amargos de Miguel- puede esperar amparo y fidelidad por encima de todo. Miguel pide por carta del 1 de febrero de 1936 a don Manuel, el padre de la muchacha, permiso para intentar restablecer la relación y le solicita consejo y ayuda. Le dice entre otras cosas el poeta:

“...Yo le agradecería que usted viera si es posible hacer lo que sería mi mayor deseo que hiciera, y es esto: [...] vea la manera de

hablarle sencillamente y decirle si está dispuesta a continuar su amistad de mujer conmigo...”

El benévolo Guardia Civil -el único al que el poeta no odia después de sus experiencias con el Cuerpo- le da vía libre para intentar reanudar la relación. Hernández inicia el acercamiento a la joven reconociendo sus errores y magnificando las prendas morales que en cartas anteriores le habían servido para zaherirla y justificar su enfado con ella:

“...Te confieso que he tenido una experiencia muy grande aquí y que me encuentro muy solo. He sabido que mujeres como tú hay pocas y he aprendido más tu valor de esta manera..., le dice a su, de nuevo, prometida. Así, a lo largo del mes de febrero de 1936, como muestra la correspondencia, esa relación empieza a restablecerse hasta la reconciliación definitiva de los novios.

Tendría el poeta la oportunidad de reencontrarse presencialmente con la costurera, así como con sus amigos cuando regresó para el acto del 14 de abril de 1936 en el que a la plaza de La Pía se le puso el nombre de Ramón Sijé. Tendrá allí oportunidad de visitar la tumba de su amigo *Pepito* junto con otros amigos comunes a ambos. Regresará a Madrid el día 25 y allí le llega una carta de Josefina que le desmoraliza: el padre de la muchacha ha sido trasladado de Orihuela a Elda, lo que añade otro obstáculo a la relación de los novios, como una mayor distancia y el tener que compartir los regresos entre Orihuela y la otra localidad alicantina.

El amor del poeta por Josefina es tal que está dispuesto a renunciar a Madrid, ahora que todos los vientos le soplan a favor, y a establecerse en Alicante para estar más cerca de ella. Empieza a movilizar sin éxito a sus amistades -sobre todo a Juan Guerrero Zamora- para que le busquen un empleo en la capital levantina. En Madrid, en el terreno literario, sin embargo, todo le sigue yendo bien: es uno de los invitados a la Feria del Libro de 1936, donde el poeta presentó *El rayo que no cesa*, y sus paisanos y Josefina tuvieron oportunidad de oírlo recitar sus poemas en la radio. Por otra parte, el de Orihuela acentúa su compromiso con la izquierda y empieza a escribir su siguiente pieza dramática: *El labrador de más aire*.

4.-Su muchas veces olvidada producción teatral

De 1933 -a los veintitrés años y bajo la influencia de Sijé- es su primer drama, el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, cuyo título inicial iba a ser, en un principio, *La danzarina bíblica*, título también de un trabajo de su amigo y paisano. Se trata de un auto que representa la caída y la degradación del ser humano (el HOMBRE-NIÑO) recreando los mitos judeo-cristianos de la caída y el crimen de Caín, propiciados ambos por los personajes simbólicos de los Sentidos, la Carne y el Deseo. Pero también representa el auto la posibilidad de redención por obra de la fe en Jesús y de su acción salvadora.

El título de la obra cobra sentido en una doble dimensión: el cambio radical del ser humano tanto en su paso del adanismo virginal del HOMBRE-NIÑO a su caída y degradación -del HOMBRE- como, a la inversa, su redención a través del arrepentimiento y la acción salvadora de Jesús, que permite el surgimiento del hombre nuevo que, no obstante, en la obra acabará inmolado por las potencias enemigas del alma.

No puede faltar en un auto sacramental la exaltación de la Eucaristía, que da plenitud a la vida y la práctica cristianas: “¡Divino asunto! / lo divino siempre a punto / de ser pan y de vino”. Igualmente, la exaltación de la misa. La participación del hombre en la liturgia supondrá el abandono total de su vida pecaminosa y la entrada en el gozo de los hombres, que es el gozo de Dios. Como le dice el CAMPESINO al HOMBRE:

Vete a la aldea mañana
cuando la primera misa.
¡Verás qué gozo y qué risa
mueve a la gente aldeana.

Pero este auto no es un anacronismo literario, no es la supervivencia agónica de un género de tres siglos atrás, sino que el ya maestro literario sabe insuflarle actualidad e insertarlo en su época, si bien desde la postura ideológica católica y anti izquierdista que por

entonces le inspiraban Sijé y su entorno, con abiertas alusiones a las expropiaciones que reclamaban las masas obreras con palabras puestas en boca del DESEO, personaje prototipo del revolucionario marxista:

Vosotros, los que decíais
que las propiedades fuerzan
a hacer propias propiedades
si son propiamente ajenas.

Tampoco son infrecuentes las descalificaciones ideológicas: en estas coordenadas ideológicas escribió Hernández su auto:

...hoz y martillo serán
vuestra muerte y vuestro lema;
todas las malas pasiones:
la lascivia, la vileza,
de la envidia,
la vía roja,
la indignación roja y negra
y el rencor descolorido.

Su siguiente drama es de 1934. A sus veinticuatro años escribe el poeta *El torero más valiente*, obra en la que el drama personal del protagonista está entreverado de referencias religiosas y de una concepción mística del arte taurino. El cristianismo está en el origen mismo de la actividad torera de José, quien salta al ruedo por vez primera como espontáneo para salvar la vida de un diestro en apuros. Pero las alusiones religiosas se disparan a partir del conflicto dramático: la cogida mortal de Flores y el sentimiento de culpa de José, espoleado por la incompreensión de su esposa y su hermana. Sentimiento de culpa que encuentra su bálsamo en la oración.

Pero al margen de la vivencia religiosa de los personajes, Miguel, a través de Bergamín y Gómez de la Serna como caracteres de la obra (hoy lo llamaríamos un *cameo*), reivindica la esencia cristiana del toreo. En ese arte-rito cristiano, el torero es "...sacerdote que oficia

para Dios” y, en boca de Bergamín, “...mirando al cielo, a Dios, y no a la gente el torero torea para Dios”. La redondez del ruedo es casi un símbolo místico que representa a la divinidad, la perfección geométrica del albero es un trasunto de la divinidad y “sus arenas son playa de Dios, clara y serena”.

Dios será la salida que busque José, atormentado por la incompreensión e injustas sospechas de su hermana y esposa. Por eso vuelve a los ruedos, “a ver a Dios, que me lo dejé en la plaza”. Esta última decisión de José nos enfrenta con otro tema de fuertes resonancias religiosas: el del suicidio. ¿Buscó la muerte José al volver al ruedo, como piensa Pinturas? ¿No sería eso un suicidio que arruinaría la impecable trayectoria cristiana del protagonista? Pero la obra no puede terminar con esa mancha sobre el personaje torero, sacerdote ejemplar. Bergamín deja limpia la honra del diestro: “¿Pudo hacer eso un cristiano / tan cierto como José? / No; fue la casualidad / la que lo echó sobre el cuerno”. La integridad cristiana del personaje queda así intacta.

En esta obra, a pesar de su todavía marcado tradicionalismo, Miguel Hernández apunta ya algunos de los rasgos de conciencia social que aparecen muy marcados en *Hijos de la piedra*. En este trabajo, de 1935, aparece reflejada la dureza de la vida en la mina, con rasgos de realismo social que parecen indicar un gran conocimiento de las cuencas mineras, especialmente de La Unión y su sierra, lo cual indica que pudieron ser frecuentes las visitas de Miguel en esos meses previos a la Guerra Civil a Cartagena y su entorno e incluso podría haber conocido con profundidad realidades sociales diferentes al entorno pequeño burgués conservador de la familia Cegarra.

5.-Una evolución ideológica reflejada en su producción epistolar

Llegados a este punto, y conocidos algunos textos poéticos y teatrales, es legítimo plantearnos si nuestro poeta se lanzó en los primeros años de la República en brazos del ultraconservadurismo religioso y político de Sijé por una firme y sincera convicción interna o por puro oportunismo. Eutimio Martín (*El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Aguilar, 2010, p. 33.) no cree incompatibles ambas hipótesis. Miguel sabía que, en

la ultraconservadora Orihuela le era imposible el acceso a los medios impresos si no era a caballo de aquellos que detentaban su dominio, esto es, la Iglesia, Almarcha y Sijé. Por otro lado, ¿cómo sustraerse al influjo del ambiente levítico y conservador de su pueblo y al contacto frecuente y conversaciones con su amigo *Pepito*?

Por tanto, fuera de lo que es, estrictamente hablando, su producción literaria, las cartas que Miguel cruzaba con sus amigos, sus conocidos y su novia, son también un testimonio valioso para trazar la evolución ideológica del poeta, libre en ellas de un yo poético que pudiera interferir entre sus auténticos pensamientos y sus escritos. Son en sí mismo estas contradicciones las que, unidas a su particular biografía, han contribuido a su carácter de poeta universal.

Tomaremos como punto de inflexión la epístola a Juan Guerrero Ruiz, de junio de 1935, en la que el giro ideológico del de Orihuela es ya más que indiscutible. Así pues, en las del período comprendido entre noviembre de 1931 (a Juan Ramón Jiménez) y la aludida a Guerrero Zamora, en esos cuatro años, veremos que no hay ese encendido espíritu religioso que encontramos en los poemas de la revista de Sijé ni en algunos Silbos, pero sí podemos observar cómo la añoranza de su Oleza lleva a Miguel a evocar con nostalgia la piedad popular expresada en las procesiones de su pueblo: "...Decidme si hay procesiones. Aquí [en Madrid] ni se notará que es Semana de Pasión..." (A Sijé, 17 de marzo 1932).

Habrá que esperar a agosto de 1933, con 23 años, para ver la primera expresión de distanciamiento ideológico respecto a su mentor, cuando en carta al matrimonio Oliver Conde, se mofe de Giménez Caballero y sus ideas fascistas, así como de la beatería de Sijé y Bergamín:

"A Sijé le ha escrito Bergamín beatamente, pidiéndole en Dios que le mandara trabajos para *Cruz y Raya* [...] ¡Qué afán el de Giménez por que se sepan las menores caídas de su 'Camino del Calvario' fascista, que si es camino no es calvario!"

Si bien es cierto que, teniendo en cuenta quiénes eran los destinatarios de esta carta, hay que suponer en Miguel un deseo de agradarles y ganarse su complicidad, pero resulta indudable el hecho de que en 1935 el alejamiento de Sijé es ya patente, y en carta a Bergamín le dice:

“...Ya me explico lo de su posición con respecto a la revista nuestra: ve en ella -¿no?- catolicismo exacerbado, intransigente, resultante de la soledad y el carácter soberbio e impetuoso de Sijé, que la escribe...”

Todas estas cartas nos sitúan en la posición de Poveda (opus cit., p. 36), quien sostiene que, en realidad la amistad de Miguel con Sijé solo duró cinco años: de 1930 a 1935, momento en el que la ruptura ideológica con el ensayista oriolano va *in crescendo*: en febrero de 1935 en una carta a Josefina trata con ironía los ataques que en otros lugares se estaban cometiendo en estos días contra los lugares sagrados:

“...¿Qué me dices? ¿Han quemado los conventos en Elche y Alicante? ¿Cuándo van a quemar al obispo de Orihuela?...”

En la misma carta, la visión torva del clero que apuntaba en alguna prosa como *Tragedia de Calisto*, reaparece ahora con una anécdota real y vivida por él mismo en la capital:

“...Hace dos o tres meses lo vi [al obispo de Orihuela] en un restorán de gente comunista que yo conozco -claro que él no lo sabía- y al verme a mí se marchó corriendo. La dueña del restorán me dijo que la había estado haciendo señas y cuando yo le dije que era el obispo de mi pueblo, se puso a llamarlo sinvergüenza y muchas cosas más...”

Resulta significativa la alusión a la gente comunista que conoce, lo cual indica que las nuevas amistades de Miguel se encuentran situadas en la otra orilla ideológica, aunque sus acciones y su propia palabra nos recuerdan en más de una ocasión al Miguel que todos conocían en su pueblo. En una carta escrita a su novia solo unos meses después de aquella tan anticlerical le dice:

“...¡Lo que voy a sentir no ver las procesiones contigo...”

Conocer con quién se carteaba Miguel nos ofrece una pista importante sobre su idiosincrasia. En los 21 destinatarios distintos de las cartas del período que estamos considerando, vemos que hay personajes de todo el espectro ideológico del momento, desde falangistas, como Vivancos, Rosales o Giménez Caballero; a comunistas comprometidos como Neruda o el matrimonio Conde Oliver.

Las fechas de esas cartas nos revelan que Miguel no descartaba amistades por su afinidad ideológica o no, pues en momentos en que ya sus simpatías izquierdistas eran indiscutibles, sigue carteándose con personas de la otra orilla ideológica, como muestran las cartas a los falangistas Rosales (diciembre del 34) y Vivanco (enero del 35) en fechas en las que, si atendemos a la carta a Oliver y Conde, había experimentado ya un giro ideológico. De hecho, cuando hablemos de su calvario carcelario, veremos cómo destacados personajes del bando vencedor harán lo posible por él, lo que indica tanto que la bonhomía del poeta se ganaba la amistad de la gente, por encima de banderías ideológicas, como que personas relevantes del bando vencedor eran conscientes de que un talento literario como el de Miguel no se debía pudrir en cárcel y mucho menos acabar contra la tapia de un cementerio. Lástima que no todos los de ese bando lo entendieran así, agarrándose a su compromiso poético y a ciertas licencias anticlericales expresadas como vimos en su prosa.

Conclusión

Hemos analizado en esta parte de nuestra obra un momento crucial en la vida del poeta y en el devenir de España: desde 1933 a 1936 las tensiones políticas y sociales afectan cada vez con mayor intensidad al mundo de la cultura, contaminada también por la aparición de los movimientos totalitarios en Europa y la fuerte penetración en nuestro país del pensamiento marxista y del Fascismo. Miguel camina entre lo rural y lo urbano; entre la modernidad que le ofrecen los ambientes de la capital y su vida pasada; entre la voluptuosidad de Maruja Mallo y el recato de su Josefina... Con habilidad consigue publicar la mayoría de sus trabajos, poder ir tirando en Madrid y mantener su triángulo

amoroso. Pero en 1935 toda su vida se desbarata, pierde a su otrora mentor Ramón Sijé y el atronador sonido de la guerra comienza a escucharse por el horizonte.

BIBLIOGRAFÍA

ALCAIDE INCHAUSTI, J.: *Evolución Económica de las regiones y provincias españolas en el siglo XX*. Madrid, Fundación BBVA, 2003.

ALONSO, A.: *La modernización de España (1917-1939). Política y Sociedad*. Editorial Síntesis, Madrid, 2004.

ARTOLA, M.: *Partidos y Programas Políticos (1808-1936)*. Editorial Ariel, Madrid, 1975.

AZAÑA, M.: *El problema español. Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares*. Edición Facsímil, Madrid, 1911.

COLLADO, P.: *Miguel Hernández y su tiempo*. Ediciones Vosa, Madrid, 1993.

DÍEZ DE REVENGA, F. J.: “Miguel Hernández, Carmen Conde, el centenario de Lope de Vega y Cartagena”. En *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

FERRIS, J. L.

“La amada plural en *El rayo que no cesa*”.

<http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/06joselu.pdf>

Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta. Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2022.

FRANCO, F. J.

Mujeres de la España Republicana. Áglaya, Cartagena, 2007.

“El Ateneo de Cartagena y la cultura republicana”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

LARRABIDE, A.:

“La poesía comprometida de Miguel Hernández”. En *Miguel Hernández y Francisco Salinas. Dos poetas del pueblo*. Fundación Cultural Miguel Hernández, Orihuela, 2019.

“Miguel Hernández y las misiones pedagógicas”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, Orihuela, 2015.

MARTÍN, E.: *El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Aguilar, 2010, p. 33.

NAVARRO ORTIZ, D.: *Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*. Universidad de Murcia, 1997.

POVEDA, J.: *Vida, pasión y muerte de un poeta. Miguel Hernández*. Ediciones Oasis, México, 1975.

RODRÍGUEZ CÁNOVAS, J.: *Antonio Oliver Belmás y la Universidad Popular de Cartagena*. Cartagena, 1972.

SOLER, M.: Los temas de “24 sonetos inéditos” en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, Orihuela, 2015.

VILAR, P.: *Cataluña en la España Moderna*. Editorial Crítica, Barcelona, 1987.

VV.AA.: *Catálogo de la exposición La Orihuela de Miguel Hernández (1910-42)*. Orihuela, 2011.